

## LAURA BRAVO - DESTINO AL PUNTO DE PARTIDA, 2010

Aunque formuladas hace aproximadamente veinte siglos, las reflexiones que el pensador cordobés Lucio Anneo Séneca dedica a los motivos y las consecuencias de emprender un viaje gozan no sólo de actualidad, sino de la inmortalidad que caracteriza a algunas de las miradas que han indagado en el interior del ser humano en su afanoso deseo de comprenderse a sí mismo. En sus *Cartas morales a Lucilio*, Séneca declara lo siguiente: “Mientras ignores de qué has de huir, qué has de buscar, qué es necesario y que está de sobra, qué es justo y qué injusto, aquello que hagas no será viajar, sino andar errante [...]. No hay viaje alguno, créeme, que te coloque fuera de la codicia, de la ira, del miedo [...]. Esos males te acosarán y te enervarán, vayas donde vayas, mientras lleves contigo sus causas. ¿Te sorprendes de que la huida no sea de provecho? Es que aquello de lo que huyes lo llevas contigo al huir”.

Para comprender estas palabras, así como la serie que al mismo asunto le dedica Annelisse Molini, es necesario entender el viaje no sólo como un desplazamiento físico, como una transportación en el espacio o un cambio, breve o permanente, de residencia, ni tampoco como una búsqueda romántica de paraísos ignotos, sino como una determinante necesidad de descubrir y explorar nada más lejano y desconocido que nosotros mismos. En la producción artística de Molini, el viaje se formula como una extensión simbólica de la vida, como una prueba de madurez, de independencia, como una metáfora del desarrollo de cada ser humano, de su necesidad de examinarse, intermitente o constante, de sus esperanzas de hallar un paradero más satisfactorio que aquél que le ata en un momento dado y un destino más acorde con la visión que cada cual tiene o pretende de su propia vida.

Si dirigimos la mirada a la perspectiva con que la literatura y la pintura han plasmado estos desplazamientos espaciales, del mismo modo es posible hallar que el viaje es metáfora del éxodo forzoso debido a la opresión o al anhelo de tierras prometidas, de la transición en la que el alma es conducida, en una gran barca guiada a través de aguas espirituales, desde su morada corporal y terrenal hacia la muerte -aquella vida eterna-, según la imaginaban culturas como la egipcia o la grecolatina. Más que significativas son también las aventuras y los arduos periplos, pruebas de valor y audacia, a las que los héroes clásicos debieron enfrentarse a fin de demostrar su capacidad para cargar con el peso de tan elevada categoría. Sin necesidad de retroceder hasta tiempos remotos ni de escoger hazañas sobrehumanas, el lenguaje cinematográfico ha plasmado a través del género de las *road movies*, con especial empatía y ternura, metáforas del viaje como camino hacia uno mismo, en el que amas de casas enjauladas, rencorosos familiares o extraños recogidos en cualquier pueblo solitario descubren en su destino que tanto ellos como sus compañeros de trayecto son otros distintos –quizás los verdaderos, ya despojados de disfraces- de aquéllos con los que embarcaron en el punto de partida.

¿Qué sucede, sin embargo, cuando las condiciones del viaje son tan espinosas que entorpecen la consecución de su destino? ¿O cuando al llegar a éste el viajante descubre que no era aquél el paraíso idealizado en sus ensoñaciones? ¿Y si el viaje, entendido como una liberación de la rutina, de la miseria o de la mente, acabara haciéndonos cautivos de nuestros deseos y víctimas de los riesgos que tomamos? Esa es la parada que Annelisse Molini ha decidido escoger en esta nueva

ruta de su producción artística, en la que construye una simbología visual del contexto y de las implicaciones de un proceso que ve amargamente truncadas sus originales aspiraciones.

En su particular iconografía, los automóviles, las carreteras, las barcas, los aviones, las pistas de los aeropuertos, el color anaranjado –símbolo del nivel de alerta terrorista-, las escaleras -de embarque o de escape-, los relojes y las maletas conforman los significantes que para cada viajero encarnan su personal significado. Todos ellos son pantalla especular de cómo la rapidez y la comodidad que implica viajar en este momento histórico pueden ser cómplices también de las aglomeraciones humanas, de la estrechez que aprisiona nuestro vital equipaje, de las inevitables filas y tensas horas de espera, de la angustiada claustrofobia que late entre los asientos de las cabinas de pasajeros, de los segundos inexorables que impiden algún que otro embarque, de las inspecciones oficiales, rutinarias ya, que asaltan la intimidad personal y estimulan el recelo paranoico en nombre de la seguridad de un vuelo. La placidez del viaje, aquel proceso de búsquedas y encuentros, se torna hostil y hasta siniestro, convirtiendo la ilusión en un tormento.

Imagínense esperando en una fila, sitúense en cualquier asiento libre en una sala de espera o trasládense por un momento a cualquier vagón de pasajeros. Como en el delicioso cuento *Manuscrito hallado en un bolsillo* de Julio Cortázar, sucede que son varias, numerosas, demasiadas las combinaciones de deseos y frustraciones, de aciertos e incertidumbres, de destinos y desatinos que se encierran en la telaraña de tantos trayectos inminentes. Una visita esperada, un reencuentro temido, un acuerdo económico, un periodo de estudio, un cambio de residencia, un empleo mejor remunerado, una huida de la ley, una escapada del tedio, una vuelta a la rutina o un regreso al desengaño quedan atrapados en una intrincada red de aleatorios diseños. Las sogas, en efecto, dibujan a la vez que atrapan nuestras múltiples indecisiones, dejando que escapen entre sus huecos los sueños que nunca habrán de cumplirse. Amarran pero también suspenden, dejan presa del desequilibrio, de la incertidumbre, algunas de las decisiones más firmes. Arriesgarse o conformarse, apostar por encontrarnos al llegar al horizonte o regresar para nunca volver a mirar atrás son trayectos posibles que conducen al encuentro de nosotros mismos, a aquel escenario largamente idealizado o, quizás, con demasiada frecuencia, a la necesidad de emprender el regreso al punto de partida, de evaluar si el viaje ha concluido, en definitiva, en alguna o ninguna parte.